

LA PROTESTA

Precio 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERÚ 1537

Valores y giros a A. Barrera

Partido de masas

¿Qué es un partido de masas?

Un partido de masas es una vasta organización política, con un programa de realizaciones inmediatas, que toma como base al proletariado para extraer de sus organizaciones económicas la fuerza necesaria a los fines de la conquista (pacífica o violenta, según los casos) del Estado burgués.

El partido socialista de la Argentina no es un partido de masas. No lo fué nunca ni lo será probablemente, porque hay diversos factores que se oponen a ese intento de domesticación de la clase trabajadora organizada, cada vez más consciente del rol histórico que representan sus órganos de lucha y de emancipación.

Para los jefes del socialismo argentino, acostumbrados como el resto de los marxistas a juzgar las revoluciones como movimientos militarizados en los que el individuo representa un papel puramente pasivo, la falta de "educación política" en nuestro proletariado es el signo más evidente de su atraso. Pero ¿en qué consiste ese supuesto atraso de la clase trabajadora organizada de este país? ¿En que rechaza la acción política y basa en sus organizaciones económicas la conquista de mejoras morales y materiales? ¿O en que marcha a la zaga del "progreso democrático", por el hecho de que desdén las supuestas ventajas del sufragio universal y las "garantías" políticas que ofrecen los socialistas que aspiran a una mayoría parlamentaria?

Continuamente oímos proclamar, a los jefes y profesores en "ciencias gastronómicas" que más se destacan en las filas del socialismo criollo, las virtudes progresistas del movimiento sindical que, en Europa, Estados Unidos y Australia, cuenta con una gran representación parlamentaria y realiza por partida doble la conquista del poder político y económico... En esa realización reformista, está la base de la existencia del marxismo como partido de masas. De ahí que nuestros marxistas, excluidos por completo del movimiento sindical del país, se preparen para la conquista de posiciones en los sindicatos más accesibles al halago y más dados a dejarse arrastrar por la corriente reformista que no exige de su parte ningún desgaste de energías.

El doctor Juan B. Justo, jefe y apóstol máximo del socialismo argentino, se esfuerza por convencer a los pocos trabajadores que militan en su partido, de la necesidad de que se constituyan agrupaciones gremiales para la propaganda socialista, iniciando por ese medio la

A. B. C.



El patriotismo nos envía este pan dulce. Es de segunda mano, indigesto y caro, pero confía que con nuestra tragadera y nuestra imbecilidad reconocida hemos de comerlo y pagarlo.

conquista de los sindicatos obreros y estableciendo desde ellos la base para el partido de masas. El Partido Socialista carece de representación gremial y no ejerce ninguna influencia sobre la clase trabajadora, por lo que sus fuerzas electorales se desarrollan al margen de toda actividad social atingente a la lucha de clases. Y eso, se entiende, constituye un grave mal para esa fracción política que pretende representar en el parlamento al proletariado de la Argentina.

Recientemente se constituyó en esta capital la agrupación gremial socialista de empleados de comercio. El doctor Justo abrogó por la creación del partido de masas, emprendiendo previamente la conquista de

los sindicatos obreros, y en una parte de su disertación dijo lo siguiente:

"Ante ese abismo entre las modalidades falsas del movimiento gremial, es urgente para el movimiento gremial, y aún para el socialista, fomentar las agrupaciones socialistas de oficio, que tendrán la tarea de difundir nuestras ideas en los gremios, y serán, a la vez, un refugio para los socialistas que no tienen donde agruparse. El caso típico es el de los empleados de comercio, que carecen hoy de organización, pues la existente es tan sólo una cosa de uso personal de media docena de anarquistas que la manejan a su antojo".

Como lo que más molesta al doctor Justo es la preponderancia de los antipolíticos en las organizaciones obreras, todo su empeño consis-

te en introducir la política en los sindicatos, aunque para ello tenga que recurrir a toda clase de mafias y promover nuevos litigios entre los trabajadores. Pero véase hasta donde llegan las esperanzas del jefe y apóstol máximo del reformismo criollo. Recomendando siempre las excelencias de su "nuevo método" de propaganda política, entre otras cosas dijo las que transcribimos a continuación:

"Será éste también un movimiento que transformará al movimiento gremial a la vez que al socialista. Un grupo de 300 ó 400 socialistas del mismo oficio agremiados sería más fuerte y coherente que las actuales organizaciones de miles de trabajadores. Por otra parte, el Partido Socialista tiene el carácter de un lugar de paso donde un triunfo electoral atrae un gran contingente de ciudadanos que se apasionan por las ideas pero luego se cansan y se van. Han pasado por lo menos 100 mil afiliados por el Partido, y éste en ningún momento tuvo 10 mil a la vez en sus filas. Constituidas las agrupaciones socialistas de oficio, nos acercaremos, pues, en salud y fuerza a algunos partidos socialistas del mundo, como los de Inglaterra y Australia, teniendo además sobre ellos la inmensa ventaja de una superioridad teórica para nuestra mejor orientación".

Que la ilusión le valga al doctor Justo. Pero dudamos que su estalplasma tenga las virtudes que le atribuye. El partido de masas — que también era la aspiración de los bolcheviques criollos — no parece de fácil acimatación entre nosotros. Porque no en vano tenemos atrás treinta años de propaganda libertaria (y otros tantos de experiencias reformistas) y por delante el ejemplo de todo el movimiento político marxista que sigue su ininterumpido proceso de adaptaciones al régimen de la burguesía dominante.

Los socialistas criollos, pese a la ciencia infusa del doctor Justo, seguirán siendo lo que fueron hasta hoy: mendigantes de favores al desdichado e inconsciente electorado y simples instrumentos de las clases dominantes.

Los anarquistas que dan una importancia soberana a los actos de rebelión, son tal vez revolucionarios y anarquistas, pero son mucho más revolucionarios que anarquistas. ¡Cuántos anarquistas he conocido que se preocupan poco o nada de la idea anarquista o hasta ni siquiera procuran conocerla, pero son ardientes revolucionarios, y su crítica y su propaganda no tiene más fin que el revolucionario, el de la rebelión por la rebelión!

Y cuando más ardientes y más intransigentes han sido, más pronto abandonaron nuestro campo y se pasaron al de los partidos legalitarios y autoritarios, cuando su fe en una revolución a plazo breve desapareció al contacto de la realidad y su energía se agotó en los demasiado violentos conflictos con el ambiente.

Luis FABRI

NOTAS

Magón

La sola pronunciación de este nombre ha hecho temblar muchas veces a la burguesía extranjera dueña de Méjico y explotadora de los infelices indios. Nombrar a Magón era enunciar la revolución expropiadora de los latifundistas y señores del petróleo; era presentar en toda su horrible figura el fantasma que se venía encima para arrojarlos del territorio mejicano y dejar en manos de la desdichada raza azteca los ranchos que habían robado al amparo de las bayonetas del tirano Porfirio Díaz.

Cuando los hermanos Magón, unidos a una decena de bravos compañeros, entre los que se contaba el malogrado Práxedes Guerrero, lanzaron a la consideración del pueblo mejicano el famoso manifiesto de Septiembre, la burguesía, en medio del pánico que le produjo el despertar proletario en aquella factoría, condenó a muerte a toda esa hermosa pléyade de revolucionarios. Los Magón y un compañero — a excepción de Guerrero — escaparon a las balas mercenarias gracias a las simpatías de que gozaban entre el proletariado mejicano, quien logró burlar a los instrumentos del tirano que los perseguía a sol y sombra.

Desde aquellos días aclagos en que Práxedes Guerrero, al frente de un pequeño grupo de valientes luchadores por la libertad, caía destrozado el pecho por las balas de Porfirio, los Magón han peregrinado de cárcel en cárcel en el territorio de los E. E. U. U., y cuando no estaban encarcelados eran perseguidos como perros rabiosos por los esbirros del tío Sam.

Jamás los gobiernos que se sucedieron en Méjico desde la caída de Porfirio, se han preocupado por la suerte de los Magón, a pesar de saberlos perseguidos arbitrariamente, y de saberlos maltratados inicua y cruelmente por los yanquis cada vez que eran encarcelados. Cuando a Ricardo Flores Magón le aplicaron la monstruosa condena de 21 años por un artículo antiguerrero, ninguna de las autoridades mejicanas hizo la más insignificante diligencia ni pronunció la más leve protesta en su favor. Y era natural: ¡los Magón eran anarquistas!

Este apresuramiento del Parlamento mejicano en reclamar el cadáver de Ricardo, muerto en una cárcel norteamericana, es más que nada una explosión de cinismo. Son los cuervos porfiristas que desean el cadáver del gran mejicano para comérselo los ojos.

Ah, pero los cuervos de Méjico, defensores de la burguesía rapaz y bellaca, no se lo han de comer sin que los que nos sentimos hermanos de Magón, en las ideas y en el dolor, les gritemos nuestra protesta desde los cuatro puntos del globo: ¡Antropófagos!

El verdugo y el pueblo

El poder tiene también sus inconvenientes, no se puede negar en buena lógica. No está un monarca, presidente o comisario del pueblo, menos expuesto a perder la vida en forma trágica que el más furibundo de los terroristas... Solamente hay una diferencia: aquellos no salen a la calle sin una numerosa custo-

dia — que a veces resulta inútil —, y éstos salen siempre con el pecho descubierto en el lugar donde han de recibir la descarga de los mercenarios.

Hay otra diferencia también: los terroristas mueren siempre aplastados por la injusticia de arriba; los mandones cuando caen es porque se ha levantado un brazo del pueblo para castigar una tremenda injusticia.

Pero no porque el poder tenga estos inconvenientes y los tiranos se hallen expuestos a perder su cabeza en el desempeño de sus canallas funciones, se pretenda establecer una comparación entre los luchadores por un ideal de justicia, y los detentadores del poderío.

Entre Cánovas y Angiolillo hay el abismo insondable; hay el pueblo dolorido y sufriente, que tiene sed de justicia y a quien devoran las iras contenidas. Uno es verdugo que descarga su hacha desde arriba; el otro es un brazo del pueblo que arrebata el hacha y la vuelve contra el verdugo. No hay ningún similitud entre ambos. La injusticia no tiene nada de común con la justicia.

Los detentadores del poder, cuando los derriba el brazo popular, son simples víctimas de sus ambiciones, como quien muere de hartazgo o se ahoga en un tanque de vino.

Los luchadores, cuando son llevados a la horca o al banquillo por haber derribado la cabeza de un tirano, ostentan sobre sus frentes un nimbo de gloria. Es que en tales casos la justicia toma sus aijos ajueres para desposarse con el hijo del pueblo que la ha defendido arrancándola de entre la zarpa que la oprimía.

Cobardía

En nuestros días y en nuestro medio la ignorancia en materia de cuestiones sociales no tiene justificación posible, aunque los ignorantes sean obreros. En este pedazo del planeta es, quizás, donde se han sembrado con más prodigalidad los conocimientos de esas cuestiones. En estos días esa siembra sigue siendo proficua, ya en la tribuna, ya en el sindicato, en la prensa, el folleto, el libro, etc.

Se puede afirmar sin que sea una exageración que aquí no se entera de la cuestión el que no quiere.

Pero no hay quien no quiera emanciparse, tratándose de obreros; lo que hay es cobardía, abyecta cobardía. Hay obreros que temen conocer lo que les conviene y deberían conocer todos. Su cobardía es tal que consideran delictuoso pensar en el mejoramiento de su vida.

Así se explica que haya tantos crumirios esperando que se produzca una huelga para traicionarla, y que los gobernantes encuentren con tanta facilidad con qué formar sus regimientos de policías, bomberos, etc.

No pueden alegar aquí los obreros la falta de esos conocimientos — por lo menos las nociones más precisas han sido puestas al alcance de todos. Y aunque se alegue la necesidad de comer o el pan de los hijos, no hay justificación al estado de inconsciencia e indiferencia por los problemas sociales, que impera en el pueblo productor.

Lo que hay y no se quiere reconocer, es una extrema cobardía. Se saben los medios de emanciparse, se siente la necesidad de cambiar esta vida miserable, pero se teme obrar, se teme a todo: en una palabra, se teme ser hombre libre. Y... esto tampoco tiene justificación.

DE MÁX NEBLAU

La tragedia austriaca

(Conclusión)

La "gran política" mantiene una paz precaria por el juego de las compensaciones. Un Estado que quiere engrandecerse, compra la complicidad silenciosa, llamada neutralidad, de los demás Estados, ofreciéndoles "compensaciones", habitualmente lo que no le pertenece, y nada le cuesta; si en esta ocasión puede enredar a otro Estado en un mal negocio, tanto mejor. En virtud de esta moral elevada, la Rusia, meditando una nueva guerra en Oriente, ofreció a Austria, Bosnia y Herzegovina (convención del Reichstadt).

El congreso de Berlín (1878) hizo un mandato europeo y Austria-Hungría se lanzó estúpidamente en esta aventura. El partido que se levantó contra esta intervención en los asuntos balcánicos fué el partido liberal alemán, hasta entonces en el poder. El ministro del conde Taaffe formó lo que se llamó el "cerco de hierro", la coalición entre todos los Eslavos, la aristocracia (grandes propietarios) y los clericales alemanes (sobre todo aldeanos) y desde esa época, 1879 o 1880, la Austria fué siempre gobernada largos años, o bien por esta coalición reaccionaria hasta las uñas, o bien por partidos con diferentes nombres, pero similares en el fondo, a los que sostenían el sistema Taaffe. Una corta época de una coalición impotente, en la que participaban los alemanes moderados, no tiene gran importancia (ministro Windischgratz-Plener).

Los checos conservadores o moderados fueron reemplazados por checos nacionalistas violentos que se decían radicales, los aristócratas fueron eliminados por el sufragio universal, pero los clericales invadieron las ciudades y formaron el partido cristiano-social (antisemita, clerical y antisocialista) etc.; más esto cambió, más fué en esencia lo mismo. Lo que lo que hubiera podido establecer un régimen progresista normal fué siempre excluido, se hizo casi imposible durante estos cuarenta años. Los alemanes perdían el tiempo en combatir entre ellos, liberales, radicales, social-demócratas y clericales, mientras que los Eslavos, no conociendo más que una política de conquista nacional continua, cada voto, por así decir, debía serles comprado por una concesión nacional. Estos cuarenta años (de 1879 a 1918) señalan, pues, continuas pérdidas para los alemanes y victorias sin fin para los Eslavos.

He aquí de qué se trataba: el presupuesto de un Estado puede ser gastado en favor de unos o de otros, según la presión que se ejerza, las localidades de población mixta pueden caer completamente entre las manos de una u otra nacionalidad, si el gobierno es inducido a poner su influencia en la balanza, los funcionarios superiores que manejan y deciden todos estos negocios pueden estar intimamente al servicio de una nacionalidad o de un partido; aún en la enseñanza, la juventud de una nación hará los exámenes más fácilmente que la de otra y tendrá entonces, una carrera más ventajosa en la burocracia,

etc.: de estas diversas maneras sutiles y brutales, los eslavos fueron favorecidos todos estos años y este explica su desahogo y bienestar actuales y el que la corona checa esté a 2425 y la corona austriaca a 1; pero esto no explica las afirmaciones de persecuciones para hacer víctimas que son una leyenda, ni explica la brutalidad con que se separaron de un organismo social que no les hizo sino bien.

La guerra no hizo diferencias y fué perjudicada, hipócritamente por los eslavos, salvo que todos, Croatas, Eslovenos, Checos se batían con pasión contra los italianos. No puede decirse que los Eslavos del país y sus hijos políticos hayan tenido algún riesgo verdadero, intentado una rebelión u organizado una resistencia pasiva sistemática. No estaban muy seguros del desenlace y no quemaron sus naves. Hubo persecuciones, condenaciones, pero el gobierno no osó envenenar más la situación con severidad. Fué una situación repugnante, pero resulta que no hubo revolución eslava en Austria, que no hubo más que la acción secreta, desmentida en público. Hasta el último día se pedían y obtenían favores del gobierno y si los sucesos hubieran tomado otro rumbo, se hubiera podido entrar en la "lealtad", con tanta frecuencia profesada en público. Los que han pasado los años de la guerra fuera de Austria han debido leer y oír continuamente los llamamientos de los emigrados eslavos, de las legiones, de refugiados o emigrados y reconocidos por la Entente — todo esto ha debido darles la ilusión de que había un formidable movimiento eslavo en el interior del país. Nada más falso, en el interior se fué muy prudente, no se ponían obstáculos más que cuando el riesgo era mínimo, no se cerraba ninguna otra salida. El resultado no es, pues, en modo alguno debido a cualquier acción o sacrificio de la gran masa de Eslavos, proviene completamente del desenlace general de la guerra y aún entonces los Eslavos esperaron el último momento y no arriesgaron nada.

Porque se sabe que el último gobierno austriaco en octubre de 1918 compuesto de pacifistas, se conformó con los 14 artículos del presidente Wilson e hizo firmar al emperador Carlos un manifiesto que declaraba acordar a cada nacionalidad en Austria el derecho de disponer de sí misma. Es en virtud de este documento que los pueblos iban cada uno de su lado. Pero si el pueblo alemán en Austria quería ya formar una república democrática compuesta exclusivamente de alemanes (austriacos) y que el 12 de noviembre declaró unirse a la república alemana (del 9 de noviembre) las otras nacionalidades se consideraban en primer lugar *post festum*, cuando el ejército austriaco se desbandó estando compuesto de alemanes y magdiarés, en guerra con esos países nuevamente constituidos, Austria alemana y Hungría independiente, y arrancaban, anexionándose por fuerza, millones y millones de habitantes de lengua alemana que hasta ese día, en virtud del tratado de 1919, quedaban unidos y forman minorías expuestas a todas las vejaciones hoy como entonces. Así todos los alemanes, más de tres millones en Bohemia, Moravia y Silesia, fueron anexionados por los Checos, muchos alemanes, ciudades enteras, (Marburg) en Estiria y Carintia por los yugo-eslavos, y el ejemplo fué seguido por los italianos que se apoderaron del país propiamente alemán en el Tirol, en el versante sud del Brenner (ciudades de Bozen y Merano). Los húngaros en Eslovaquia, al mediodía del país (Banak), en Transilvania fueron anexionados por millones por los Checos, Yugo-Eslavos y Rumanos. Los Checos tomaban también numerosos Polacos y Carpato-rusos (Ukrainianos) y llegaban casi a batirse con los Polacos sobre el botín de Silesia (Teschen). De este modo, por pura violencia contra desarmados y arrancando a los habitantes de otra nacionalidad a su pueblo, se constituyeron los nuevos Estados engrandecidos, Checoslovaquia, Yugo-eslavos, Rumania, Polonia y la grande Italia. Todo el mundo conoce las hazañas de las nacionalidades que han sembrado odios más grandes que todos los antiguos (luchas por la posesión de Fiume, de Wiina, de Galitzia oriental, de Teschen (Silesia), de Alta Silesia, de

Palestina, de Asia Menor y de otras partes del Oriente; todo eso produce las guerras hechas o prontas a declararse, el terror, subterráneo, como ahora en Galitzia Oriental contra los polacos o bien la movilización de los partidarios de D'Annunzio que se aprestan de nuevo en Fiume, mientras los Serbios se preparan a despojar la Grecia, que yace en el suelo de Salónica; nada más que fuerza y odio, una brutalización permanente de desgraciados pueblos. ¿Créese acaso que los que no elevan su voz no sufren, como los anexionados alemanes en Austria y los magiares de Hungría? Unos u otros de los diversos partidos que existen entre los vencedores están detrás de las víctimas, dándoles o prometiendo armas, metiéndoles en su juego, como acabamos de ver, en Grecia y Turquía, que tienen Inglaterra, Francia y Rusia detrás de ellas; la Turquía además, el Islam entero. Pero los alemanes anexionados no tienen detrás de sí sino países desarmados e impotentes, de los que la opinión general no se preocupa.

No pido a alguien que entre en estas cuestiones, si no le interesan y está dispuesto a examinarlas con la ayuda de una seria documentación. Pero una cosa me parece demostrada por lo que acabo de escribir y es que los pueblos de lengua eslava, rumana e italiana no fueron tan mal tratados en Austria como fueron justificados, cuando esta antigua aglomeración se disolvió pacíficamente, sin resistencia y revolución, en octubre de 1918, al dejar sus conciudadanos y camaradas, víctimas como ellos de la monarquía, de la aristocracia, del clericalismo y capitalismo, robándoles, sitiándoles por hambre, insultándoles y calumniándoles, lo que hicieron en el momento en que la alegría de su liberación hubiera podido evocar sus más nobles sentimientos, a sangre fría, por informes reconocidos tendenciosos si no falsos, presentados a la Conferencia de la Paz en París y sirviendo de base a los tratados de 1919 y lo que hacen por Austria y los austriacos de lengua alemana y los magiares anexionados durante todos estos años hasta este día.

El azar quiere que en el periódico de hoy, 23 octubre 1922, encuentre que el 21 de octubre en la conferencia de la unión de las "Ligas de los Pueblos", celebrada en Budapest, se haya leído una carta de la rama checa que protesta contra las resoluciones en defensa de las minorías, tomadas por esta unión en su conferencia de Munich, en términos que fueron repudiados por el presidente y el secretario, italiano y francés, con indignación suprema. El asunto apenas fué arreglado. Se sabe ya desde ahora que esta cuestión de las minorías no cesa de ser puesta frente de los nuevos dominadores que tienen bajo su férula a los anexionados. Si antes de la guerra les hubiera llegado en Austria una infima parte del mal que ahora ellos hacen, ¡cuánto hubieran clamado, pero ahora ahogan las voces de sus víctimas!

No tengo ciertamente el deseo de levantar odios y después de la inmensa desgracia que ha producido esta guerra, prolongada y envenenada hasta tal punto que la paz, antes un momento de reposo y tregua, ha sido esta vez completamente ineficaz, se ve la bestialidad del odio, que no solo es malo, mezquino y ruin, sino enormemente estúpido; atormenta igualmente al que lo posea como a las víctimas impidiendo toda verdadera dicha. Son, pues, a mis ojos, poseídos, forzados, pobres dementes los que han cometido estos crímenes de lesa solidaridad humana. Debemos curarles, volverles a la humanidad y, para llegar a este resultado, es preciso conocerles ante todo, y con algunos verdaderos estudios lo lograremos. El mundo no estará tranquilo hasta que todas las iniquidades sociales, políticas, morales y del feroz nacionalismo desaparezcan. El fascismo y sus congéneres en todos los nacionalismos, como el legionario (es decir, ex legionario) checo, su similar, como el fanático antisocialista en Hungría y Alemania, la guardia blanca en otros países, etc.; los obreros desde los Estados Unidos a España, a Rusia y a Siberia, saben hasta qué grado ultrapatriotas, nacionalistas, antisocialistas y embarrulladores son todos. Los legionarios checos en Siberia fueron los dóciles instrumentos de la contrarrevolución, los rabiosos

perseguidores de los bolchevistas; ahora tiran en su país con imparcialidad sobre los alemanes anexionados como sobre los comunistas, del mismo modo que los fascistas que martirizan hoy a los enemigos nacionales y mañana a los socialistas, comunistas o anarquistas. Ya sería tiempo de que los obreros de todos los países se preocupasen de curar al mundo del nacionalismo, pero para hacer esto deben atacarlo en sus raíces y para encontrarlas es preciso conocerlas.

Diré algunas palabras sobre la situación actual de Austria, es decir, tal como la dejó la vindicta eslava y la de sus otros enemigos.

El bloqueo del hambre, arma terrible que hiere a mujeres, niños y ancianos, si bien está minando la salud de las generaciones, dió, contrariando las intenciones de sus autores capitalistas, una gran impulsión al sentimiento socialista. No en un sentido de partido, y con una continuación y un resultado directos, pero en el que la idea de la intangibilidad de la propiedad, fué al fin sacudida, y haciendo comprender que los objetos útiles e indispensables debían estar al servicio, no de sus dueños ocasionales sino de la colectividad; que el esfuerzo colectivo es a menudo superior a la rutina individual; todas ideas que entran en los cerebros más obtusos. Tropezando con el costo de los viveres, inaccesibles para la masa, se quería volver a la agricultura, a la naturaleza; la vida monótona industrializada, se rejuvenecía al calor de estos sentimientos. Se soñaba, para después, una cohesión más fuerte entre el campo y la ciudad; en una palabra, a pesar de los sufrimientos, estas fueron lecciones de sentires colectivos y de solidaridad para una vida más armoniosa que la que establecieron la explotación capitalista y el monopolio agrario.

Cierto es que bajo el régimen militarista todo pasaba por las manos, no del pueblo sino del Estado, el que se desempañaba por medio de burócratas incompetentes y de capitalistas directores de la industria, deseosos de lucrar con esta catástrofe pública, y el resultado — por

los despilfarros, fortunas amasadas por los acaparadores, la estupidez de la burocracia, etc. — fué la verdadera caricatura de una cooperación colectiva, la que hubiera podido ser, de haber sido más robusta la intervención anarquista, el origen de un movimiento antiestatal en marcha hacia la anarquía.

Del estado de agotamiento general que siguió a la guerra, solo se originó un gran repudio hacia el antiguo régimen, alimentándose la esperanza de que con la cesación de las hostilidades, empezaría para Austria, como para todos un nuevo régimen ampliamente popular, social, anticapitalista y de fraternidad entre los pueblos. Este sentimiento era tan fuerte, que la reacción se eclipsó, haciéndose chiquita la burguesía; el ejército de habla alemana se desbandaba y los partidos populares llegaban sin violencia al poder, no teniendo que vencer ninguna resistencia.

En cuanto a la maquinaria del Estado — la burocracia — se vió este fenómeno digno de la atención de los revolucionarios, que esta burocracia cambió de color de la mañana a la noche: de negra y amarilla volviöse roja. El burócrata, déspota o borroneador de papel, se declaró trabajador del pensamiento y se solidarizó con sus subalternos más humildes, todo por no perder el empleo y para seguir dominando el nuevo sistema, sea cual fuere su tendencia. Los obreros socialistas políticos fueron los primeros engañados, y el nuevo estado de cosas se halló por anticipado recargado con estos burócratas parásitos que se multiplicaron inímeros y que roen y comen desde entonces la sustancia del país.

En octubre-noviembre nada, pues, se oponía de parte del Austria de lengua alemana a la inauguración de una era de progreso y de solidaridad en la medida de la inteligencia del país, donde los elementos verdaderamente libertarios eran muy débiles y siguen siéndolo.

Es en ese entonces que, unas después de otras, llegaron noticias, testimonios y pruebas de la crueldad sanguiñaria de checos, yugoeslavos y otros, que en aquella hora de liberación no supieron de gestos generosos. Austria vióse rodeada como de un cerco de hierro, cuando hasta ayer y desde siglos, ella gozaba de

una completa libertad de transportes, y le fueron cegadas las fuentes industriales de los países vecinos donde desde cien años ella se abastecía, las que están ahora hermeticamente cerradas a su comercio. Los artículos alimenticios que allí compraba le fueron negados de golpe, y lo poco que se consigue hay que pagarlo a precios de "chantage". De ello resultó no solamente esta miseria, la ruina física de las mujeres y los niños, la muerte de los ancianos y los débiles, sino también la pérdida de la esperanza, con la convicción plena de haber sido condenada, por bajo espíritu de venganza, condena ratificada por el arreglo de los pueblos en París, mediante el tratado de 1919, causando la renuncia de un gran peligro inmediato, de ese peligro absoluto que hace brotar los malos instintos y cumplir el pánico, originando el sálvese quien pueda.

He aquí hasta donde ha llegado Austria, la que tenía en 1918 una perspectiva tan bella de renacimiento. Lo poco que se ha hecho está amenazado o ha desaparecido en estos cuatro años de dolorosas sorpresas, de esperanzas desvanecidas, de desilusiones, de espera continua y de tiempo perdido. La creencia de que el espíritu social ganaría también terreno en los otros países, se perdió. La misma brillante visión de la Rusia anticapitalista se está borrando. Capitalismo, nacionalismo y militarismo dominan más que nunca sobre el globo, y el pensamiento ingenuo de que los Estados, autores del mal, o los obreros de los otros países, testigos mudos de estos crímenes intervendrían para salvar a Austria de ese suplicio que la mata, ese pensamiento no tiene, como se ve, en que apoyarse.

Ahora las potencias vencedoras, con un gesto de suprema hipocresía, han puesto al Austria moribunda bajo la tutela de la "Liga de las Naciones". Resulta de este arreglo — y mediante algunos créditos echados en ese abismo, pero bien garantidos por los últimos bienes del país — una servidumbre que pesará más duramente todavía sobre la vida económica, política y social de este pueblo. Bien mirado, esa es una combinación que no puede desagradar del todo a los capitalistas, puesto que el poder material; detrás de los delegados o comisionarios internacionales, constituirá el medio que les faltaba hasta ahora para reprimir a los obreros, obligarles a trabajar más horas diarias, y quitarles, una después de otra, sus conquistas sociales conseguidas en el primer ímpetu progresista de 1918.

Este desgraciado país se asemeja, pues, a un enfermo que nadie cura, pero al que atan y amordazan para quebrar sus últimos rebeldones y ahogar sus gemidos; y la Liga de las Naciones que creían llamada a hacer sientra de felicidad, se resigna al papel de ejecutora de ese acto de alta — ¡y cuán generosa! — política internacional.

Estos son algunos pormenores ilustrativos que dan a conocer el verdadero sentido de esta tragedia. Si ella no es una cuestión anarquista, es una cuestión humana, y somos todos, antes que nada, hombres. Soy el último a ignorar o a negar y aminorar la obra maléfica y los defectos de la antigua Austria como los del Austria actual, pero tengo, exactamente, el mismo sentimiento hacia cualquier otro Estado, grande o chico, viejo o nuevo. Veo que en la situación presente, desde el fin de 1918, y por los tratados de 1919, sufren los pueblos por los crímenes de los Estados, y aunque sea siempre el mismo caso y que los Estados no se nutren sino de la miseria de los pueblos, está se hace actualmente, en condiciones especialmente crueles y odiosas.

Atendiendo estas razones, si los pueblos se decidieran, al fin, a salir de su indiferencia, para concluir con estas iniquidades, ellos ayudarían a su propia causa, pues prontamente pasarían de un acto generoso de reparación, a otro, hasta, finalmente, llegar a su enemigo de siempre, el Estado, todos los Estados, y harían tabla rasa de estos organismos viciosos que ponen trabas a su libre desarrollo y felicidad. Es por la práctica de las cosas, por la experiencia, que uno se encamina hacia los grandes objetivos, no por la teoría sombría.

Vienna, 24 de octubre de 1922.

Cuadros de la gran ciudad

Por ZILLE



—“Si yo quiero, puedo escupir sangre en la nieve”.



PAGINA DE ARTE

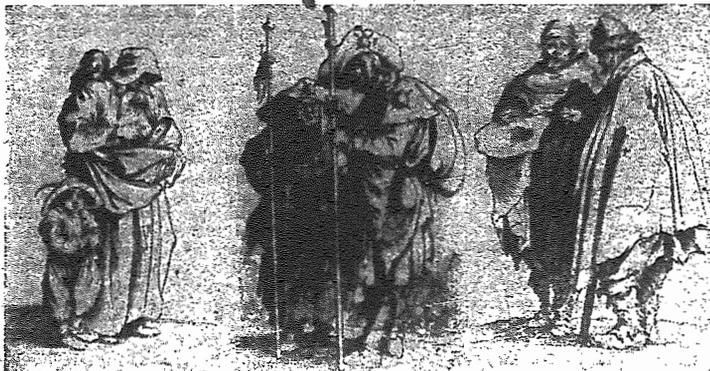


JACQUES CALLOT

EL GRABADOR DE LOS VAGABUNDOS

Jacques Callot compartió durante un breve período en Francia la popularidad can-Rabelais. Por esas raras anomalías que tiene la fama, Callot hizo famoso por la serie de grabados en los que ha trazado, con mano maestra, personajes

cés sus estampas, la ironía punzante de algunas — *El árbol de los ahorcados*, por ejemplo, — tienen sus raíces en su conocimiento de la vida y en los contrastes que percibe, porque la ha vivido en todos sus aspectos.



J. Callot - Vagabundos

grotescos, y sobre todo por la estupenda serie de vagabundos pintorescos, más que por sus obras maestras o mayores, donde expresa, con modo personal, los más elevados sentimientos.

Para un gran número de personas Callot es solamente el fantástico y jovial autor de una muchedumbre de jorobados, énanos y rolosos, como si todo su arte, elevado y filosófico, a veces sarcástico y siempre agudo, pudiese resumirse en la obra, improvisada y caricaturesca, salida de su pluma o de sus aguafuertes.

Nacido en Nancy, Francia, (1593) en una época en la cual el arte, perdida la nota tímida e ingenua de los viejos maestros, se cristaliza en la imitación fría de Rafael, el talento de Callot no podía hacer de él sino un artista rebelde, un revolucionario del arte; él comprendía que la mejor manera de revivir a los antiguos era la de tomar por modelos a los contemporáneos, estudiando la vida cotidiana.

Hijo de un señor aristocrático, su padre se opuso a que estudiara la pintura, hacia la cual se sentía irresistiblemente transportado. Dos veces huyó de la casa paterna hacia Italia, el país del ensueño y del arte, viajando en compañía de zingaros, y las dos veces fué encontrado y vuelto al hogar. Al fin la familia comprendió que lo mejor era dejarlo seguir sus inclinaciones, y lo envió a Roma a estudiar, después de haber estado un tiempo en Nancy con un tal Henriot, que no influyó para nada en el temperamento del joven artista.

De esos viajes con los zingaros, de ese contacto con su vida pintoresca, errabunda y miserable, Callot conservó toda la vida un imborrable recuerdo, y a ella le debe sus más frescas y profundas inspiraciones.

Su misma personalidad, ¿no se define acaso por ese gusto por la plebe y por la vida libre de esos bohémios hambrientos? La amargura que tienen a ve-

Alguien, si mal no recuerdo Delaborde, el erudito historiador del grabado, le reprocha a Callot el mal gusto de sus asuntos y el de haber enfangado su arte y su inspiración en la vulgaridad y la grosería.

Sin embargo, es del estudio asiduo de la vida vulgar que Callot ha extraído la riqueza pintoresca que lo caracteriza. Él es, quizá, el primer artista que inspirándose directamente en el pueblo, transcribe su época plenamente: juegos, procesiones, fiestas, ferias, ejecuciones, todo lo ha fijado en el cobre a buril o al aguafuerte, con notable vivacidad y maestría.

Ciertamente, hay en la obra de Callot mucho de grotesco, no siempre se mantiene dentro de los límites del humorismo que hace reír y meditar, pero el reproche dirigido contra Callot, reeditado constantemente contra todo artista que se inspira en la vida real, por los atambicados defensores del arte puro, del arte ideal que realiza una belleza que nadie sabe lo que es, el reproche, deci-

mos, lo enaltece, porque atreverse a luchar contra esas preocupaciones del ambiente de todas las épocas, acusa en Callot un verdadero y honrado temperamento de artista.

Courbet, Millet, Meunier, Rodin, para no citar sino entre los grandes artistas, han sido zaheridos de groseros y vulgares realistas. Es que para los incapaces de sentir el amor a los hombres, el presente es feo y sucio. No hay grandes cortes de rumboso boato; es vulgar. No hay protectores que concedan títulos y prebendas; el arte no puede existir. La democracia, es decir, en el sentido de que el pueblo interviene en la vida pública, adquiere conciencia, se rebela; es la muerte del arte; porque es lo vulgar y lo rústico que triunfa. Los que así hablan, son los artistas lacayos de la burguesía, de esa clase grosera, incapaz de inspirar ninguna obra seria. Y como la burguesía moftetuda y grosera lo único que inspira es el ridículo y la sátira, sus adulones hacen el arte ideal puro, exquisito, que se inspira en la *Eterna Belleza*. Y todo lo que sale de ellos es banal o cursi.

Los Callot, en cambio, no temen a lo rústico y saben ver, dentro del aspecto transitorio del momento, lo que tienen las cosas y los seres de fundamental y eterno.

La obra de Callot es numerosísima Paisajes, ilustraciones bíblicas, escenas populares, históricas y de fantasía, ornatos; se calcula que lo que se conserva de ella (la mayor parte se ha perdido) alcanza a mil seiscientos entre grabados y dibujos.

Entre sus mejores producciones se cuentan: "Las miserias de la guerra", "Los suplicios", La feria de Florencia" y la serie de los Vagabundos.

De los Vagabundos dice un crítico que es la obra que ha dado la popularidad a Callot, sino la gloria. Esa mirífica exposición artística de hábitos en harapos, de sombreros deformados, de botines rotos, ese hacinamiento de cesas roídas sobre cuerpos extenuados, ese cúmulo de miseria y de suciedad, que Callot había tenido la oportunidad de observar, de joven, durante su vida errante con los zingaros, encontró y encuentra siempre, una acogida simpática. Los Vagabundos encontrarán imitadores en todas las épocas. Realmente si la serie de los Vagabundos no es la más grande ni la mejor

de las suyas, es quizás la que mejor pone de manifiesto su ferviente fantasía y agudo espíritu de observación, y su envidiable potencia representativa, que le permite, con pocos trazos, fijar una actitud, un personaje, una expresión.

Reproducimos algunos Vagabundos y el *Árbol del pueblo*, admirable grabado este último, que pone en evidencia la maestría del buril de Callot, así como su sentido profundo del dibujo y de la composición.

Los continuadores de Callot fueron muchos, (el más célebre fué Della Bella) porque Callot fué un renovador y como tal, impuso normas nuevas. Después de Holbein, nadie supo, como él, descubrir la vida común, los episodios diarios, las escenas de todos los días y horas.

Puso, perfeccionándola, el aguafuerte al alcance de los pintores, que tienen con ella un medio de expresión sobre metal, sin mayores dificultades de práctica que vencer.

Callot murió a los 42 años de edad, en el 1645.

(o)

Heinrich Zille

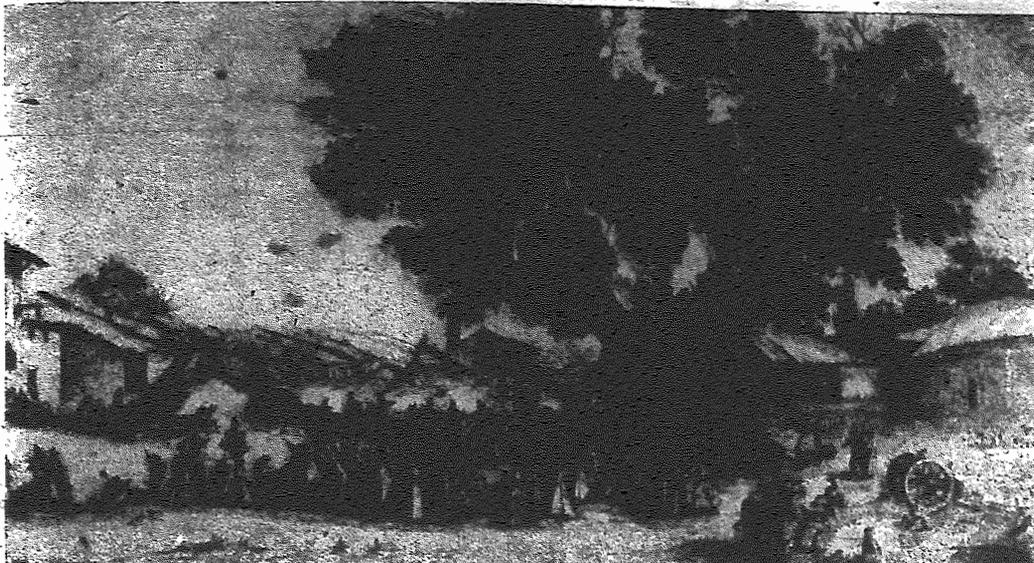
Zille es un artista conocidísimo en Alemania, una personalidad sugestiva en sus manifestaciones artísticas, de una exquisita sensibilidad, capaz de expresar todos los matices de la vida bajo la fornia artística que le es peculiar y que, una vez conocida, es inconfundible.

De un realismo que hiere rudamente, el arte de Zille caracteriza de un modo magistral la vida del pueblo, en sus dolores, en sus miserias, en sus diversiones y hasta en sus aspectos ridículos; pero sobre todo campea el conocimiento profundo de la verdad. Las colecciones de Zille, "Kinder der Strasse" y "Mein Milljöh" son el documento más fuerte y más real de la miseria en la vida berlinesa.

Con el título genérico de "Cuadros de la gran ciudad", iremos dando a conocer algunos dibujos del artista alemán, convencidos de que nuestros lectores habrán de apreciarlos en su justo valor. Hay en ellos belleza y verdad.



J. Callot - Vagabundos



J. Callot - El árbol del pueblo

Algunos recuerdos sobre Guillermo Apollinaire

ESCRITOR Y CRITICO DE VANGUARDIA

Guillermo Apollinaire era un hombre fino, un intelectual inteligente, pero existía en el fondo de sí mismo cierta ingenuidad, ingenuidad que él transformaba en duda, en cierta originalidad. Olvidaba o hacía que olvidaba, que en el arte como en la vida el *esprit* solamente no basta, que entran en los dos casos una gran parte del porvenir revelado por la conciencia y de corazón.

Era atraído, apesadado, turbado por lo raro, lo bizarro, lo anormal. Culto, erudito, de una erudición que aumentaba según sus necesidades, era supersticioso, consultaba a las sonámbulas, creía en el porvenir revelado por las cartas, visitaba las escaleras...

Con el mismo espíritu paradójico con que leía las novelas populares de Nick Carter y del Gavilán de la Sierra, ante un cromó decía:

—¿Es quizá mejor que un Cézanne? Eso desconcertaba al oyente, al amigo, se hacía divertido, un descubrimiento. La segunda vez decía:

—¿Es mejor que Cézanne! Y jugaba con la duda creada, con el sordero, el buen sentido, el absurdo.

Un día Apollinaire, mostrándome una obra en donde paralelepípedos se entrecruzaban con cuadrados azules y amarillos de rípolín, me dice:

—Les *Lesters* *Barrissons!*

Ah! la risa de Guillermo Apollinaire, la risa de niño que hace una broma y no sabe si la tomarán a mal.

Entababa, con toda la autoridad que le parecía tener y que iba agrandándose, las elucubraciones más locas, las más locuras, estúpidas pretensiones artísticas y daba cierta importancia a lamentables personalidades pederásticamente fabricadas con el esperma aventado del padre Uriel.

Lo que hacía la autoridad, la fuerza de Apollinaire entre sus amigos y cierto público, era su habilidad en la fantasía, su habilidad de equilibrista, una especie de profesor de tango que inventara cosas que él sólo pudiese bailar.

Estimulado, adulado por todos los que, ante un período de indecisión, espe-

ran ventajas inmediatas o lejanas, por todos los que cuentan con sacar de una simulación oculta, una pequeña parte en la gloria, y en los beneficios, él llegó a ser el pilar que sostenía todo el edificio cubista.

Creo que en esta época no sabía más ni él mismo, si eso lo divertía o si no sentía el vértigo ante esa torre de Babel en que se había transformado el arte francés...

Volví a ver a Apollinaire en abril de 1918. Constaté en él un espíritu más realista, más objetivo, más cerca de la vida. De todo lo que le recordaba se reía. Reía de sí mismo, reía de toda esa confusión, como si eso no tuviera consecuencias, y no le daba más importancia que a sus deudas o que a un plato que había preparado para una cena: peras a la mostaza, dientes de león al agua de Colonia...

Olvidaba que había alentado la duda

con una insistencia tenaz, gratuita y sin control, que había hecho, un instante, más obscuro el lenguaje del pensamiento en el arte, que había engendrado la desconfianza en todos y en sí mismo, olvidaba que había dado una actitud de genio a la impotencia...

Si Guillaume Apollinaire, crítico de vanguardia había influido en el arte de nuestra época — Arte de nuestra época?

Arte hecho de teorías, pintura metafísica donde la abstracción suplanta a la sensibilidad. Arte que carece de salud moral, reducida a las especulaciones, tomando a las matemáticas y a la geometría veinte siglos de cultura, arte del siglo veinte que saquea a los negros de la Costa de Marfil y devora a los antropófagos de las Nuevas Hébridas. En arte, las teorías tienen la misma utilidad que las recetas del médico: para creer en hay que estar enfermo...

VLAMINCK.

LIBROS

“Ideales y realidad en la literatura rusa”

Después de la revolución de 1905 en Rusia y especialmente después de la de 1917, que dió el poder a los bolcheviques, las cosas de Rusia han despertado extraordinariamente la atención del mundo, y es que para comprender el sentido de una revolución es necesario algo más que estudiar el desarrollo cronológico de sus hechos, es preciso penetrar en el alma de la colectividad que la realiza, llegar al fondo de su fuerza colectiva en ejercicio creador.

Y el alma de un pueblo suele hallar en la literatura la expresión más acabada, tanto por la realidad que refleja como por la superación que inspira. La moderna historia de la Rusia revolucionaria sobre todo es inseparable de la vida y del pensamiento popular para el cambio del régimen zarista, los que sembraron en el pueblo ideales indefinidos y aspiraciones e inquietudes poderosamente propulsores y estimulantes, los que arrancaron a las masas subyugadas de la rutina, tan esclavizadora como la violencia estatal, fueron los poetas, los novelistas, los cultores de la belleza literaria, los fustigadores de la bestialidad despótica, los precursoros de un nuevo mundo de justicia y de libertad, que hicieron accesibles al pueblo sus sueños y sus anhelos en relatos, cantos, nar-

raciones, etc. La literatura rusa fué la más eficaz, fué la única educadora de las masas para la revolución. Ni los partidos políticos ni las agrupaciones anárquicas, ni los sindicatos obreros tuvieron jamás en Rusia un contenido real ni penetraron hondamente en la mentalidad del pueblo, es decir, la propaganda revolucionaria no fué sistematizada en Rusia por los partidos o tendencias subversivas, sino que la literatura creó una vanguardia formidable de fuerzas progresivas, preñada de las más nobles ideas, pero sin lazo alguno formal entre sí. Si la literatura rusa obró tan eficazmente en la preparación y en la difusión del espíritu revolucionario, no hay que suponer que se ha rebajado al nivel de las masas ignorantes y rutinarias, llenas de prejuicios y de supersticiones; la literatura rusa tuvo tan feliz influencia porque no se rebajó al nivel de cortejana de las pasiones y los vicios populares, sino que señaló al pueblo la realidad de su situación y puso en su alma deseos invencibles de superación, de bienestar y de dignificación. No se acercó al pueblo sino para estimularlo a la renovación y a la reconstrucción de su vida, para despertar en él las fuerzas dormidas, para sacudirlo y ponerlo en pie frente al porvenir.

El destino de la literatura no fué ni

es el mismo en todos los países. Los pensadores y escritores rusos del siglo XIX integraron las fuerzas nuevas y renovadoras del mundo, desempeñaron el papel de los enciclopedistas franceses, sin doblegarse a los halagos ni al mandato de los déspotas, ni proponerse como objetivo rendimientos comerciales en el mercado de las cotizaciones de los valores del espíritu. Desgraciadamente, en otras regiones la literatura se nos presenta sistemáticamente en calidad de adaladora de los poderes dominantes o vendida al mejor postor, que puede también ser el pueblo. De este modo pierde todo influjo duradero, despreña la más noble, la más digna y también la más heroica de las expresiones: la de luchadora por un futuro humano de justicia y de libertad.

Allá por el año 1901 en el Instituto Lowell de Boston, nuestro querido maestro Pedro Kropotkin dió una serie de conferencias sobre el período más brillante de la literatura rusa. El tema era casi nuevo entonces en Europa y en América, y las conferencias de Kropotkin que siguen siendo aún un resumen magistral del pensamiento literario ruso del siglo XIX, — talvez uno de los más completos si tenemos en cuenta el pequeño espacio de ocho conferencias, — tuvieron enorme resonancia. De ellas se hicieron varias ediciones inglesas en Estados Unidos y en Inglaterra; en 1906 fueron traducidas al alemán y publicadas lujosamente por el “Verlag von Th. Thomas”, de Leipzig. Últimamente apareció también una edición italiana.

En francés y en español, idiomas en que tanto se ha leído a Kropotkin, no fueron tan afortunadas esas conferencias como los demás libros. Sin embargo, su importancia hubiera justificado una traducción inmediata. Sobre todo después de la revolución del 17, en que todo lo que trata de Rusia es ansiosamente leído, no sólo en los medios revolucionarios sino en el amplio radio de los estudiosos en general, las conferencias de Kropotkin en el Instituto Lowell de Boston cobran un renovado interés para el conocimiento del pueblo ruso y de los preliminares de su malograda revolución social. Para comprender el estallido de 1917 nos es necesario conocer la literatura rusa de todo el siglo XIX, y ese período luminoso de revolución espiritual está retratado en las conferencias de Kropotkin, tituladas “Ideales y realidad en la literatura rusa”, pero al mismo tiempo de manera tan perfecta que no puede menos de aumentar nuestra admiración, si cabe aumentarla, hacia el sabio autor del “Apoyo Mutuo”.

En ningún país, dice Kropotkin, adquirió la literatura una posición tan influyente, y en ninguna parte ejerció tan profundo y directo influjo en el desarrollo espiritual de las jóvenes generaciones como en Rusia. — Es por esto que sus conferencias constituyen una guía segura para la comprensión del sacudimiento revolucionario de 1917.

Kropotkin nos da en “Ideales y realidad de la literatura rusa”, magistrales esbozos de la vida y obra de Puschkín, Lermontoff, Gogol, Turguenoff, Tolstói, Gontcharoff, Dostolevsky, Nekrassoff, nos presenta las características del drama de los Sumarokoff, Oseroff, Ostrowsky, A. K. Tolstói, etc., hace desfilar a los novelistas populares en todas sus escuelas, desde los Grigorowitsch hasta Gorky, y cierra su ciclo de conferencias sobre la literatura política, sobre la sátira, sobre la crítica artística y sobre los más notables novelistas contemporáneos.

Para hacer resaltar el valor revolucionario de la literatura rusa, Kropotkin no necesita realizar esfuerzo alguno, porque esa característica es esencial en ella. Pero el exponerla tan claramente no está al alcance de quien no suma a los conocimientos de Kropotkin, su cualidad maravillosa de hablar y de escribir para hacer comprender a los demás su pensamiento.

Al mismo tiempo que una obra de instrucción, “Ideales y realidades en la literatura rusa”, es la demostración de lo que es capaz de significar el escritor honesto, independiente, poseído de ideas y de sentimientos nobles y dignos, en la vida de los pueblos.

Diego Abad SANTILLAN

La metafísica del anarquismo

Se acusa al anarquismo de ser un ideal metafísico.

La metafísica ha sido una tendencia muy exacerada por el positivismo científico del siglo XIX, cuya herencia han recogido las tendencias materialistas de la sociedad, el socialismo y el anarquismo principalmente. Pero las nuevas corrientes universales del último pensamiento, tienden, ahora, a reivindicar los fueros de la metafísica, demostrando a la vez la relatividad del monumento científico levantado ayer por la escuela positivista sobre la verdad de los fenómenos universales.

La ciencia no es algo intangible e inmutable como creyó ayer. Los conocimientos y las conquistas más sólidas de ella son a veces susceptibles de rectificación. La ciencia como el arte y como la filosofía es devenir, perenne renovación. Un descubrimiento elimina otro descubrimiento. Y todo, en el mundo objetivo, se halla expuesto a revisión. La ciencia es ironía, ha dicho D'Ors, sintetizando en este concepto la ley de propia eliminación que existe en el mundo de la ciencia.

Por otra parte los hombres de ciencia, los investigadores de la verdad, y de las leyes del cosmos, que rigen los misterios de la mecánica viva y de la mecánica muerta, vense continuamente obligados a recurrir al mundo de la filosofía para construir sus principios, sus sabias conclusiones o sus ideales hipótesis.

Sin filosofía no habría ciencia, es decir, posibilidad de investigar el mundo ignoto que nos entorna y del cual formamos parte.

Y es que en el estado de los conocimientos actuales ciencia y filosofía tienden a confundirse en una sola explicación y búsqueda de la verdad. Y así como no puede haber realmente filosofía sin ciencia, tampoco puede existir ésta sin el auxilio o el concurso de aquella. Los dominios, pues, de estas dos ramas de la inteligencia tienden a bifurcarse en un solo propósito común. No hay exclusión sino identificación entre ambas modalidades, entre estos dos métodos, o caminos, para llegar al conocimiento de la suma verdad. Y tal vez, en resumen, ciencia y filosofía no sean más que esto: métodos, caminos, procedimientos para conducir a los hombres hacia un mismo fin.

No hay incompatibilidades fundamentales entre la función del filósofo y del hombre de ciencia. Y ambos se complementan maravillosamente en el estudio de la verdad. Y del mismo modo que existe un orden estrecho de relación entre la ciencia y la filosofía, lo hay también entre ésta y la metafísica.

Porque la metafísica, tan desdeñada por el positivismo cerrado del pensamiento objetivo, no es nada más que un resultado o un florecimiento de la filosofía. Esta no puede solamente apoyarse en lo conocido, en lo descubierto, para especular.

La función de la filosofía no consiste sólo en elucidar sobre fenómenos conocidos, sobre leyes dadas. La misión suya es avizorar, intuir, anticipándose al conocimiento, a la síntesis concreta del saber, del hombre de ciencia.

Y si los dominios de la ciencia se confunden con los de la filosofía, por el ca-

rácter transitorio de las conquistas científicas, o por lo susceptibles que son de ser rectificadas por nuevas experiencias, también los límites de la filosofía y de la metafísica se confunden de tal manera que es imposible señalar entrambas una línea de demarcación.

La filosofía no puede ser meramente objetiva, circunscribiéndose al mundo real, sino que, por exigencias de sí misma, véase obligada a penetrar en el mundo intangible del espíritu con la idea de precisar las leyes y los misterios que bullen dentro de él.

No hay un límite de conocimiento ni de atribuciones propias y genuinas entre el mundo de la filosofía y de la metafísica. Por lo cual, no resulta exagerado decir que, dada la característica móvil del mundo del espíritu, ciencia, filosofía y metafísica no son nada más que tres estados, tres fases o tres modos que los hombres tienen para explicarse los fenómenos de la mecánica universal.

¿Qué concepto de menoscabo significa, pues, para el anarquismo la adjectivación lanzada contra él de que constituye un ideal metafísico? ¿Qué es, pues, la metafísica y qué entienden por ella nuestros impugnadores?

Problemas de metafísica se hubieran considerado ayer los descubrimientos científicos de nuestra época. Problemas de metafísica se hubieran considerado ayer las leyes sorprendentes de la radioactividad, de la desmaterialización de la materia, y el concepto energético del universo. Problemas de metafísica se hubieran considerado también la conquista del aire por la técnica sabia del hombre. Lo mismo que la inmortalidad de una cosa tan alada como la voz y su transmisión a distancia. Y el tamaño del universo, dentro de un espacio infinito. ¿Qué es sino un problema de alta metafísica reducido a pensamiento positivo por la genialidad de Einstein?

El anarquismo o, si se quiere mejor, la anarquía, es una idea de metafísica social en cuanto se halla situada fuera, o por encima, de la realidad actual, pero susceptible de conquista, de captación.

La realidad no lo es todo en el universo. Fuera del mundo material, del mundo sensible, se halla otro mundo: el de las majestades del espíritu.

Y téngase en cuenta que ya se empieza a ver y a considerar la realidad, no como una entidad aparte e independiente de nosotros mismos, sino como algo que tiene vida y representación por la sola conciencia y voluntad nuestras.

Y bien que esto no sea nuevo en materia filosófica, por cuanto constituye una reminiscencia de Platón, y más próximamente a nosotros del pensamiento kantiano, siempre habrá que tener en cuenta que la realidad no es un contenido objetivo constantemente idéntico a sí mismo. No es un fenómeno estático del universo sino una representación objetiva de nuestra subjetividad.

La realidad más que estática es dinámica. Fluye como la vida, corre como el viento y el agua de los ríos. No es un hecho de única y constante interpretación. Y está sujeta al principio de causalidad, lo que quiere decir también que cambia y evoluciona continuamente. Y así como una causa produce un efecto,

que a su vez, convertido en causa, genera a otro, la realidad social es substituida siempre por otra realidad, un momento por otro momento.

El carácter social-metafísico de la anarquía no nos indigna, pues.

La metafísica sólo pudo adquirir un contorno despectivo porque ella fué un refugio natural del pensamiento religioso y contra el cual esgrimieron sus armas los positivistas del siglo pasado.

Pero la metafísica no es como creen algunos un fenómeno psicológico de pura incumbencia teológica.

Metafísicos han sido y son los más grandes pensadores y filósofos de la humanidad.

La metafísica es la perspectiva que tiene el hombre por delante, como una meta ideal, un sueño o realizar. Sus leyes subjetivas no son solamente determinadas por las objetividades del medio real sino que tienen sus propias exigencias y fundamentos en las zonas del espíritu, en el mundo de la aspiración.

Y nadie que no sea un hombre cerrado al progreso, a las más atrevidas posibilidades, puede ir en contra de la anarquía por el hecho de constituir una idea metafísica.

Lo que hoy es metafísico, por nuestra imperfección o atraso, que nos impiden anticiparnos al porvenir, puede ser mañana un fenómeno o un hecho de conquista. Que ya hemos visto la relación que hay entre esas ramas del entendimiento que llamamos ciencia, filosofía y metafísica.

Y ved, por ejemplo, ahora, cómo los hombres que reprochan al anarquismo su carácter de doctrina metafísica resultan, por un fenómeno de extraña conciencia, reñidos con el progreso, con la más ideal posibilidad.

Porque aferrarse a la realidad para enjuiciar al anarquismo, no es, en síntesis, otra cosa que sumarse al concepto estático de las cosas invocado por todos los conservadorismos.

En el mundo no hay sólo estática, sino que hay también dinámica. Y lo dinámico se desborda siempre por encima, por debajo y por los costados de lo estático. No hay inmóvil realidad. Y todo marcha hacia lo desconocido, lo intuido, lo presentido.

Todo idealismo lleva, pues, su parte de metafísica por la porción de ensueño que hay en él.

La metafísica no es un concepto vulnerable, y ya es hora de que sea reivindicada por todos los idealistas de verdad. Ella no nació de la religión sino de nosotros.

Somos seres metafísicos tanto como físicos. Vivimos, pero también soñamos. Vemos y percibimos el mundo real, pero igualmente vemos y percibimos un mundo nuevo hacia el cual nos encaminamos atraídos por la fuerza incontrarrestable de su verdad.

Y sin esta condición metafísica el hombre no habría, en las sociedades humanas, lucha, progreso, continuo devenir.

Enrique NIDO.

EL TERROR Brochazos de la represión de Barcelona

II

En la puerta de una comisaría les ha dicho un anciano a dos parejas de guardias: —Sois todos unos hijos de perra.

Al terminar la jornada y abandonar los muelles, se tercián las chaquetas y las blusas al hombro, y las agitan en la discusión, como banderas.

Las madres, las esposas y las hermanas de los presos montan la guardia en la puerta de la cárcel.

Si quieren matar, al darles la libertad, a sus deudos se los tendrán que asesinar sobre sus propias entrañas.

Al llegar la noche, llegaba el dolor más negro, la fatalidad más trágica. La fiebre de los ojos y el latido de las jaurías policíacas convertían en infiernos de miedo y suplicio los distritos soledosos.

En veinte horas encanecía una cabeza de veinte años.

Los ojos cegaban de tanto llorar.

Se abrazaban al cadáver tan apasionadamente, tan locamente; se lo apretaban contra su regazo con tal furia, como si quisieran darle sepultura en sus entrañas.

Desde que llegó el conde de Salvatierra — el otro autócrata de los fatales destinos — y me defuieron al hombre, hace que estoy viniendo día por día a la cárcel a llorar sobre estas rejas.

—Es la viuda de... Está loca, y dice que el muerto se le aparece por las noches y le está echando sin cesar una misión de venganza.

Antes de salir para la conducción, pudo decir adiós a su novia, que aguardaba en la puerta de la cárcel.

Con las manos atadas abrazó el preso a la amada y le acarició al despedir los senos.

Entre los pechos llevaba ella la pistola de su amante, y se la apretaba contra el corazón, como la virilidad que fecundaba.

Han ejecutado en la cárcel a tres presos. —Esto debería hacerse cada día —dijo el director.

Se están echando el trago grande de sangre, que pedía González Bravo.

Todos tenemos la sensación de que nos están cocinando el alma y el corazón de que estamos bajo unas botas, de una galopada de herraduras nos pasa encima.

Caro se paga el delito de pensar, soñar, de querer salir de los subterfugios y tender hacia la altura.

La ciudad, por la mañana, tiene palidez y una emanación de enfermos operación cesárea la extendió. Las no trágicas de amor y de dolor la excusifican. Cuesta vida el infantar el pánir.

La evolución creatiz no se interrumpe por eso.

Las chimeneas de las fábricas susurran imperturbables, sus pipadas de lumbre. Parecen burgueses que fuman pipa en su ba.

Pero hay una que me obsesiona a nadoramente. Exhala el humo a grandes bocanadas, que se extienden, negras, densas, sobre la oficina de la usina. Yo las greñas desatadas de una mano se ha echado. La cabeza sobre los brazos para llorar con más desesperación.

Tigre Can acabará por aparejarnos mo mulas y engancharnos a su carreta hasta por cabalgarnos a la gineata.

Ya...
La P...
la det...
tributo...
gangas...
dillan...
La P...
na mo...
hecho...
Sin...
gan a...
los pol...
Atrac...
El pa...
el Eden...
obreros...
do en un...
Ademá...
de ladro...
saber, q...
Como...
a los sin...
Los pi...
desballe...
era la de...
—Mig...
—Más...
La...
mi...
"En Esp...
ni median...
los anarqu...
movimient...
rada, recie...
"Aquí se d...
vimiento...
hasta se su...
una organ...
"Un compa...
dos. "La op...
quistas que...
"lo que resp...
"uicas del s...
"Jos. síndic...
anarquistas...
hace much...
"Batalha" —
Portugal —
breve reseña...
de la Argen...
"del Bur...
"Accionarios...
Y, realme...
"nacimiento...
"otros. Posit...
"heros de E...
"más que us...
"pica sólo y...
"ndjos y vi...
"nuestros vi...
"que en este...
"anquis, ho...
"vando se...
"spiritual...
"rende o, c...
"vaya esto...
"ros herman...
"América...
"Que se n...
"rende; por...
"ancia, en l...
"europeos y...
"Pero que l...
"quienes ad...
"ya es intol...
"amos oblig...
"otros mism...
"ro propio...
"y a definir...
"nimiento en...
"antes y...
"antofónica...
"s otra de...
"batal del...
"volvimos, t...
"a el flujo...
"06, pero l...
"uevas o...
"quilo que

Ya nos cabalga. Ya nos tiene bajo su inmovible horcajadura.

Los partidos se han amancebado con la dictadura, y toda la politiquería y la tribu indígena de afanadores de actas y gangas bailan en torno suyo y se arrojan a sus pies como indios.

La Prensa hace el efecto de una gallina mojada. Y los cotidianos alargan un hocico molino de perros con bozal.

Sin embargo, en los mercados se niegan a vender víveres a las mujeres de los polizontes.

Atracó a una tartana. El patrón se jugó ayer o se gastó en el Edén con ramerías los jornales de sus obreros, y ahora dice que lo han asaltado en un camino.

Además de asesinos, nos acusan ahora de ladrones. ¿Qué más quisiéramos que saber, que poder robar y matar?

Como vuelva usted a llamar bandidos a los sindicalistas, le parto el corazón.

Los pistoleros blancos han entrado a desvalijar una casa, y ha resultado que era la de la querida de Su Excelencia.

—Mi general, que van ya... —Más, más!

El Mediterráneo es un filial del Mar Rojo.

Y como no cabe más carne en los cementerios, se precipita a los inmolados en la ola líquida.

Para ser más valiente, el señor de los asesinatos se desayuna con dos botellas de coñac.

Al secretario del Sindicato de Madera, que tiene fama de ser muy esforzado, lo han desnudado en la Jefatura de Policía y han pretendido sodomizarlo.

El jefe de Policía se ha desabrochado el pantalón, ha sacado los testículos, los ha puesto sobre la mesa y ha dicho: —Esto son dos pelotas, y no las de los sindicalistas.

Para que delatara a su padre, le arrancaban el pelo a pelizcos.

Las revoluciones son hijas de los patibulos, ha escrito Lamartine. Y de las dictaduras y los terrores blancos, hay que agregar.

Que ni nuestros hijos ni los hijos de nuestros hijos, olviden.

Angel SAMBLANCAT

Las características del movimiento social en la Argentina

En España no se llega a interpretar ni medianamente la posición que ocupan los anarquistas de la Argentina en el movimiento obrero, nos decía un camarada recién llegado de la península. "Aquí se desconoce por completo el movimiento revolucionario de ese país y hasta se supone que la F. O. R. A., es una organización reformista", escribía un compañero residente en Estados Unidos. La opinión que sostienen los anarquistas que militan en la F. O. R. A., en lo que respecta a las orientaciones anárquicas del sindicalismo, es rechazada por los sindicalistas y por casi todos los anarquistas de Europa, aseguraba no hace mucho la redacción del diario "A Batalla" — órgano de la C. G. del T. de Portugal — en una acotación hecha a la breve reseña sobre el movimiento obrero de la Argentina, publicada por el Boletín del Bureau de los sindicalistas revolucionarios.

Y, realmente, no nos extraña el desconocimiento de unos y el reproche de otros. Posiblemente, cuando los compañeros de Europa vean en América algo más que una región semi salvaje, propiamente sólo para enriquecerse explotando indios y criando ganados; y cuando nuestros vecinos del Norte constaten que en este continente hay, además de tranquilos, hombres capaces de pensar... cuando se haga nuestro descubrimiento espiritual, quizá entonces se nos considere o, cuando menos, se nos estudie. Vaya esto sin ánimo de ofender a nuestros hermanos mayores de Europa y de América del Norte.

Que se nos ignore o no se nos comprenda, por efecto de esa misma ignorancia en los ambientes revolucionarios europeos y norteamericanos, vaya y pase. Pero que haya entre nosotros mismos quienes adolezcan de esa falta de visualización es intolerable. Lo primero a que estamos obligados, es a preocuparnos a nosotros mismos, a hacer el estudio de nuestro propio desarrollo moral y material, a definir las características del movimiento en que somos factores determinantes. Y, luego, realizada esa labor de auto crítica, seguros de una posición que nos sirva de nuestros actos y el producto natural del ambiente en que nos desenvolvemos, tomemos todo lo que nos traen el flujo y reflujo de los acontecimientos, pero para someterlo al análisis de nuestras convicciones y quedarnos con aquello que represente valores positivos,

indiscutibles verdades, experiencias innegables...

La obra se hace así, metódicamente, con firmeza y decisión. Porque lo que no está en nosotros mismos, en vano tratáramos de encontrarlo en los demás. ¿Quiere esto decir que nos neguemos a admitir otras razones que nuestras propias razones? ¿Significa nuestra persistencia en definir el propio camino, que neguemos la posibilidad de cambiar de ruta si alguien nos ofrece una senda más recta para llegar a la meta de nuestras aspiraciones? No: esto quiere decir firmeza de ánimo, seguridad de convicciones, intransigencia si queréis; pero cualidades necesarias para afianzar el prestigio de las ideas y conquistar la voluntad de los buenos y de los sinceros, de los denodados y los valientes.

Nadie está exento de error. Hay acontecimientos que obran de tal manera sobre nuestra sensibilidad, que nos sugestionan y nos arrastran con tal fuerza, que resulta hasta imposible librarse de su influencia. Y los anarquistas, que quizá tengamos más desarrollada la sensibilidad que el resto de los revolucionarios, somos fácilmente arrastrados por los acontecimientos que conmueven el corazón y excitan los nervios: por esos hechos que son en el calvario de esta vida una esperanza de próximas redenciones.

Ahí está nuestro pecado... si pecado se puede llamar a nuestros excesivos entusiasmos y a nuestro incurable optimismo. Pero en cuanto la reflexión se impone, cuando analizamos serenamente los acontecimientos en que sólo fuimos jugadores, el cerebro es la garantía de todas nuestras corazonadas. Y volvemos a ser los mismos: intransigentes ante las "realidades" que otros expectan, desdichados del éxito que siguen los oportunistas, siempre en el peñasco de nuestra intransigencia.

Hay quienes dudan de que aquí, en la Argentina exista un movimiento revolucionario digno de consideración por parte de los anarquistas de otros países. Y es que la duda la llevan en el corazón, y en realidad no tienen ojos más que para mirar lo que pasa fuera de ellos mismos. Son los enamorados de las exterioridades, los espíritus sugestionables, las mentalidades siempre dispuestas a asumir lo último que se les ofrece como indiscutible verdad. Y a dónde conduce

a esos camaradas su incorregible espíritu de imitación? A ese cambio continuo de opiniones, a esa inseguridad en las ideas, a ese desesporado afán de renovarse... que a la postre sólo deja en sus cerebros un enorme cúmulo de contradicciones.

Y lo peor de todo es que se pretende encontrar en la experiencia de las revoluciones de ahora el justificativo de esas inseguridades doctrinarias, que no pocas veces constituyen una verdadera transgresión de lo que es elemental para el anarquismo: el concepto de libertad y la idea de justicia. Podrán alegar inquietudes espirituales, deseos de encontrar en el arcano de la filosofía la fórmula salvadora, pero esos camaradas deben admitir que, con esos continuos cambios de opinión, lejos de favorecer el desarrollo de las ideas y contribuir a su claridad, acumulan en su torno la duda y la confusión.

No nos neguemos como fuerza actuante y determinante. Lo que aquí tenemos, bueno o malo, vale tanto o más que lo que nos puedan ofrecer otros. Porque este movimiento es hijo de nuestras ideas y el producto de múltiples esfuerzos y tiene un largo proceso de gestación y de desarrollo. ¿Que nuestra posición en el movimiento obrero y nuestras actividades revolucionarias en relación con la acción del proletariado, no se ajustan a los métodos clásicos del anarquismo europeo? ¿Que nuestra concepción del sindicalismo no es la de los compañeros de Francia, Italia, España, etc.? Y ¿qué? Ese hecho no significa otra cosa que la confirmación de nuestra propia personalidad y la existencia de un movimiento característico, tan lógico como el que más, puesto que tiene treinta años de existencia real y no es la obra de un hombre ni la consecuencia de una caprichosa improvisación.

Hay compañeros que no lo entienden así. Tienen una concepción partidista del anarquismo y suponen que las formas de nuestros órganos de lucha deben ajustarse a un principio inalterable de aplicación universal — porque, en realidad, para ellos las ideas constituyen un sistema hecho y de ese sistema depende todo el movimiento revolucionario internacional. De ahí que desconociendo los factores que en cada país contribuyen a dar su característica a todo el movimiento social, afirman que el anarquismo ocupa el mismo lugar en todas partes y desarrolla sus actividades en el mismo plano de acción.

¿Será necesario que demos ejemplos ese error de visual?

El anarquismo tiene su ideología: se basa en una idea de justicia, en un principio libertario, en un concepto de superioridad moral aplicable a todos los hombres y a todas las organizaciones humanas. En esos fundamentos éticos de la idea anárquica no es posible introducir reformas... Nos negaríamos como anarquistas, echaríamos por tierra los principios de la filosofía anárquica, si persiguiéramos como fin inmediato la reforma de las actuales condiciones sociales, si opusiéramos al Estado burgués el Estado obrero, si disputáramos a los partidos políticos la posesión del poder. Todo lo que sea gobierno, dictadura, monopolio de las fuentes de riqueza en detrimento de las mayorías sometidas, está en oposición a nuestras ideas de igualdad, de justicia y de fraternidad universales.

Pero esto, fuera de los "anarco-dictadores" (vulgares el contrasentido de su absurda denominación) y de los "anarco-sindicalistas" que reclaman todo el poder para los sindicatos, no merece discusión. Estamos perfectamente de acuerdo todos los anarquistas. Si ideológicamente nada nos separa, ¿es admisible, se dirá, que no estemos de acuerdo sobre ciertas cuestiones tácticas? Así es, porque la idea de libertad, pese a su universalismo, no excluye la diferencia de opiniones respecto a la forma de realizarla. Y eso es lo que queremos dejar bien sentado en este artículo.

Y bien. En la Argentina, desde los albores de la organización obrera, los anarquistas constituyeron, por así decirlo,

el nervio de toda la acción revolucionaria del proletariado. El anarquismo fue un factor determinante de la organización sindical, un poderoso elemento de energía, una tendencia de actividad en el seno de la clase trabajadora. Y en el movimiento obrero, influenciado por nuestras ideas, siguió un camino opuesto al que pretendió trazarse el marxismo, una que esto quiera decir que en este país no exista la corriente reformista que caracteriza a las grandes corporaciones proletarias de Europa.

El hecho de que no sea posible crear entre nosotros una organización obrera que acepte implícitamente la política y esté de hecho al servicio de los jefes políticos, significa algo más que un fenómeno casual... Importa nuestro triunfo como anarquistas y nos demuestra la existencia de una característica desconocida en los países considerados como socialmente más avanzados.

La propaganda anarquista en la Argentina tomó como campo de acción a las organizaciones obreras. Y nuestra posición de hoy es hija de la obra realizada en treinta años de constante propaganda libertaria en los sindicatos obreros. ¿Quién puede negar esta realidad indiscutible?

En los ambientes libertarios de Europa se discute actualmente la cuestión del sindicalismo. Dos conceptos opuestos surgen de esas discusiones: el que excluye toda definición ideológica de los sindicatos y el que sostiene la necesidad de que las organizaciones obreras se orienten de acuerdo con la ideología anarquista.

La tendencia que parece predominar y que es la que tomó la iniciativa de crear la Internacional sindicalista revolucionaria — es la que reclama la absoluta independencia política e ideológica para el movimiento obrero. ¿Creeis por ventura que ofrecen algo de nuevo, esos camaradas? No: el sindicalismo que, por oposición a Masad, pretende crear una Internacional independiente de los partidos políticos y de los grupos ideológicos, resalta los viejos errores (según nuestra opinión) del movimiento sindicalista francés.

Obras, son, amores... Y los anarquistas que iniciaron ese movimiento de independencia, creyendo por esa media salvar al sindicalismo, son hijos de sus obras. No hay que olvidar que en Europa — sin excluir a los países latinos, donde más poderosa fue la influencia libertaria en el movimiento obrero — se consideró al sindicalismo como una teoría aparte ("el sindicalismo se basta a sí mismo", sostuvieron muchos camaradas que siguen las orientaciones de la escuela francesa), de lo que resultó que los anarquistas se abstuvieron de promover "conflictos ideológicos" en los sindicatos y procedían como sindicalistas, desconociendo en los grupos de actividad su propaganda doctrinaria.

¿Qué resultados se obtuvieron con ese sistema de propaganda? Al fin y al cabo "neutralidad" se fortalecieron los profesionales de la política y se desconoció la verdadera reforma del sindicalismo. Y por obra de la guerra y de la revolución rusa, que operaron el desplazamiento de los anarquistas de los sindicatos y los anulaban como elementos de orientación, nos encontramos con que los anarquistas deben volver al punto de partida para reconquistar las posiciones perdidas.

El hecho indiscutible es que el sindicalismo revolucionario atraviesa en Europa por una grave crisis. ¿Está la salvación de ese movimiento, como expresión revolucionaria y como actividad consecuente de la minoría libertaria, en salvarlo únicamente de la influencia de los partidos políticos? Nosotros decimos que no, porque en la tendencia neutralista (que atribuye valores al sindicato en sí) vemos la repetición del error que condujo a las organizaciones obreras revolucionarias a la deplorable situación en que hoy se encuentran.

Podremos estar equivocados nosotros. Pero lo que hemos querido demostrar aquí es la realidad de esa divergencia entre nuestro movimiento sindical y el sindicalismo europeo. Debemos reconocernos y seguir las orientaciones que

tratan de imprimir al sindicalismo los compañeros de Francia, Italia, España, Alemania y demás países que concurrirán al congreso sindicalista de Berlín? La respuesta, por parte nuestra, surge de las razones expuestas en el curso de este artículo.

No se hagan, pues, afirmaciones antojadizas. El anarquismo, como ideal filo-

sófico, es uno e indivisible. Pero el movimiento anarquista tiene sus características en cada país. En la Argentina está bien definida la posición de los anarquistas en el movimiento obrero, sin que necesitemos recurrir al ejemplo de afuera para ajustar nuestra conducta a nuestras actividades revolucionarias.

Emilio Lopez ARANGO

DE PIERRE RAMUS

EL COMUNISMO ES LOGICAMENTE LIBERTARIO

El comunismo es indudablemente un adversario lógico de todo principio de Estado; reconocemos más claramente la importancia de esta frase cuando nos fijamos en el segundo de los principios fundamentales del comunismo ya citados. Ese principio dice que ningún hombre debe estar forzado a ponerse a disposición de otro, pues tal hecho sería acompañado de la explotación, cuyo objetivo contiene.

Pero ¿cómo existirá eso en una sociedad comunista autoritaria? Muy pronto verían los miembros de la sociedad, que el movimiento de su vida económica no les beneficiaría a ellos mismos sino a los intereses del Estado. Se abriría ante ellos el mismo abismo que hay actualmente abierto entre los intereses del capitalista y los del trabajador. Para hacerlo tan invisible como en el presente, el gobierno autoritario comunista deberá crear una circunstancia que lleve a los miembros de la sociedad a una situación de fuerza que los ponga voluntaria o involuntariamente, a disposición del gobierno. Pero de ese modo se volverá a la misma condición actual. Esto lo demostró completamente el bolcheviquismo ruso, que ha implantado el sistema de los trabajos forzados y los castigos draconianos.

Desde este punto de vista, vemos también que una organización económica autoritaria-comunista, como tal, es cosa imposible. La autoridad da muerte al comunismo poco a poco; éste se hace insostenible y deja el campo libre a la autoridad, es decir, al monopolio, — el Estado lleva a la restauración del monopolio!

Pero tampoco el tercer elemento esencial del comunismo, más arriba formulado, teóricamente entraña una formación autoritaria del orden comunista. Este exige, si se ha de ser fieles a su principio esencial, para poder cumplirlo, la absolutamente libre entrada de cada uno y de todos en los lugares del trabajo y de la producción, la libre posibilidad de emplear y utilizar los instrumentos de trabajo y los productos, por el individuo y por la asociación.

La condición principal de un comunismo de tal naturaleza no puede ser realizada por su caricatura autoritaria. Para trabajar en esta última forma económica, el individuo debe estar obligado a trabajar para el Estado. No le es permitido trabajar para sí mismo ni para sus fines. Debe entregar sus productos al Estado y contentarse con un sueldo o una garantía de vida que sólo equivale a una ración insuficiente, o con otra cosa cualquiera que varía según la capacidad individual de trabajo. En todo caso la fijación de esa recompensa está completamente en manos del Estado, como así mismo la apreciación del valor de los productos elaborados.

Se constatan las monstruosas arbitrariedades a que eso lleva con sólo reflexionar un poco sobre ello. Pero aunque no condujese a ninguna arbitrariedad, tal organización sería completamente anticomunista. No sería ni más ni menos que lo que tenemos hoy ya, y lo que el comunismo combate decididamente: También hoy consiste la servidumbre y la esclavización económica del hombre principalmente en el hecho de que la entrada a los lugares de producción y el empleo de los instrumentos de trabajo están sujetos a ciertas condiciones fijadas contra los que nada poseen, por los poseedores, como un tributo. Y la di-

ferencia es poca si esas condiciones las fijan hoy unos capitalistas y mañana el Estado del pueblo o del proletariado. El hecho innegable es que hoy el hombre está frente a los capitalistas en calidad de desposeído y mañana lo estará ante el estado, — pero en un caso y en otro dependerá económicamente de extraños intereses.

Así vemos, pues, que todo comunismo autoritario no es más que un capitalismo disfrazado. Esto es consolador porque ha dado la prueba concluyente de que la posibilidad de existencia del comunismo puede darse sólo en una concepción anarquista.

No se opone a esto el que el Estado del pueblo o del proletariado será diverso del Estado actual, que es un Estado de violencia. Esta es solamente una frase vacía y una construcción hipotética. Conocemos el Estado histórico en las diversas formas de su existencia, y siempre necesitó la violencia para conservarse y poder existir. Ni se conoció nunca un Estado sin violencia de Estado. ¿Y qué pruebas tienen los creyentes del estatismo de que su organización de Estado pondrá siempre la violencia al servicio de la razón, de que no abusará jamás de ella y de que la abandonará poco a poco de un modo sobrehumanamente desinteresado?

Como se ha demostrado, el Estado comunista popular o proletario deberá vigilar la esfera de intereses de la supuesta o real mayoría. Sólo para esto se necesitará una enorme violencia a fin de someter a las minorías. Ahora bien; cada página de la historia nos da la prueba de que el progreso de la comunidad debe agradecerse a las minorías, más aún, a la fuerza de iniciativa de las personalidades particulares; la mayoría fué siempre conservadora. Para someter la minoría al Estado popular — en salvaguardia estricta de sus funciones imperativas obtenidas de la mayoría — habrá que detener a sus miembros insubordinados, castigarlos, perjudicarlos y, si es necesario, hacerlos inofensivos. Y este caso es tanto más seguro cuanto que la historia nos enseña que las minorías se sometieron a las condiciones de la mayoría hasta que se consideraron con fuerzas para resistir. En el momento en que este caso se produce se derrumban todas las virtudes ideales de las fantasías democráticas, es decir, la subordinación de las minorías a las mayorías.

Como un fantasma de la vieja sociedad existente, vemos que será necesario también en la sociedad comunista autoritaria implantar una lenta justicia vengadora, cultivar el derecho penal, tener un ministerio fiscal, calabozos, prisiones, presidios, hasta las horcas, contra los miembros de su propio régimen, — con lo que la sociedad autoritaria comunista tomará inopinadamente el aspecto de la vieja sociedad árquica. ¿Qué diferencia habría entre ambas? Casi ninguna, y, en el caso de que la hubiera, no muy en favor de la comunista.

Que tal comunismo es completamente reaccionario, despreciable, — véase su prototipo en el bolcheviquismo —, es difícilmente objetable. No entraña ninguna exigencia de la conciencia cultural moderna. Esto no quiere decir que esté excluido o sea imposible, pues muchas otras cosas que también repugnan a nuestra consideración, a nuestro sentimiento moral, han triunfado temporal-

mente. ¡Pero no debemos denominar un ideal a esta paradoja del comunismo autoritario! Este debe ser combatido por nosotros, debemos oponernos a él con toda la fuerza de nuestra conciencia, dejando todo lo demás al proceso de madurez del espíritu humano, el cual frecuentemente pasa por largas etapas y amargas experiencias hasta que llega al punto de vista de los raros y prematuros precursores espirituales.

Una cosa es segura: el comunismo que niegue y destruya todos sus principios esenciales, no es comunismo. Es un juego de palabras el llamarlo tal.

Estamos lejos de haber mencionado todos los argumentos en contra de las posibilidades del comunismo autoritario desde el punto de vista psicológico, sociológico y económico. Pero lo que hemos dicho basta para probar nuestra tesis: el comunismo autoritario es una fantasía irreal y es lógicamente imposible dentro del cuadro de los propios principios-comunistas. Las organizaciones y relaciones que resultan del comunismo son de naturaleza libertaria, — lógicamente considerado, el comunismo no está en conflicto con la libertad. Para asegurar al individuo la realización económica y solidaria de la libertad, el comunismo es la forma más adecuada, porque es razonablemente imaginada como anárquica o como no impositiva.

Con el mismo derecho que el comunismo declara en el terreno económico inútiles parasitarios y perjudiciales al monopolista, al explotador y al patrón, se va a la abolición del patrón y del dominador en todas las esferas de la sociedad.

(o)

EL ALCOHOL

El análisis de la pasión alcohólica, el alcoholismo, es muy sencillo, tan sencillo como el que precede. Por otra parte, podemos acercarnos de este particular, gracias a los adelantos de la fisiología moderna, precisar perfectamente el estado orgánico que coincide con la pasión.

De los órganos digestivos, el alcohol pasa por endosmosis al sistema circulatorio, y de allí a la trama de los tejidos, desde donde baña los elementos anatómicos.

Su primer efecto consiste en una corta excitación de la circulación general: el hemodinamómetro muestra de pronto, bajo su influencia, un aumento de la tensión arterial. A esta excitación corresponde, sin duda, el sentimiento de bienestar, de fuerza, que experimenta en los primeros momentos el bebedor. Pero bien pronto el movimiento nutritivo íntimo disminuye; las oxidaciones que constituyen el acto primario de la nutrición, se verifican débil e imperfectamente; la exhalación del ácido carbónico por los pulmones disminuye así mismo, decayendo a veces en proporción de un 24 a un 51 por 100. La grasa deja de ser destruida por la respiración, persistiendo, por tanto, en la sangre. Es probable que la oxidación imperfecta de las materias albuminoides produzca así mismo cierta cantidad de grasa. A la larga, la orina se sobrecarga de ácido úrico, desperdicio de las materias proteicas, menos oxidado que la urea normal.

Por otra parte, el alcohol, antes de ser eliminado naturalmente, toma asiento en los tejidos y sobre todo en los centros nerviosos.

De esta doble causa, detención de la nutrición y acción tóxica sobre los elementos nerviosos, resulta la embriaguez, es decir, la perturbación o abolición momentánea de las facultades intelectuales.

Si los excesos alcohólicos son repetidos frecuentemente, las perturbaciones funcionales pasan a ser permanentes, dando lugar entonces a una perturbación anatómica asimismo permanente.

La lesión producida en los tejidos por los abusos alcohólicos se resume brevemente: en una vez prematura. Los tejidos sufren antes de tiempo la transformación, la regresión grasosa. Glándulas, músculos, huesos, células nerviosas, todo se infiltra de grasa. A veces, en ciertos puntos, el tejido cerebral se desmenuza en una verdadera emulsión.

A este período anatómico corresponden el delirium tremens, el temblor de los miembros, las convulsiones, la imbecilidad, la abolición de las facultades genéticas, etc.

Puede seguirse fase por fase la evolución de esa pasión abyecta que hace del hombre, atrofiando sus facultades intelectuales, un ser indigno de pertenecer a la sociedad. Una primera dosis de alcohol le procura un bienestar ficticio, una impresión nutritiva agradable; al abolir la memoria le hace olvidar los sinsabores, las miserias de la vida. Pero ésta, herida en su esencia, en seguida languidece. A la excitación anormal sucede una depresión correspondiente. Disfrutando los elementos anatómicos de una vida débil, sienten la necesidad de un poderoso excitante. Aquella, para ellos preciosa bebida, se les hace necesaria, y a ella recurren.

Poco a poco la depresión vital se exagera, de intermitente pasa a ser crónica, acabando el alcoholismo por anular casi siempre todo aquello que hace del hombre un ser inteligente y social. Finalmente, las facultades intelectuales se deprimen. Las notas más importantes de la clave cerebral emudecen; el entendimiento, la inteligencia se atrofian; y como forzosa consecuencia, la voluntad razonada, muere. Con ella terminan las pasiones nobles. La palabra, esta manifestación superior de la inteligencia, es vacilante, indecisa; la lengua, indócil, no acierta a traducir los pensamientos confusos; la imaginación, ofuscada, no halla un poco de vigor sino bajo la influencia del fatal excitante. Entonces el deseo estúpido y brutal, domina despoéticamente al hombre.

A su vez, la locomoción se resquebraja, mismo de los efectos de la borrachera. La marcha es incierta y tambaleante; los movimientos de la mano, inseguros y temblorosos. Pronto se extiende el contagio a los sentidos especiales: la vista es débil, el oído duro, el tacto grueso o completamente anulado. A menudo, y sin darse cuenta de ello, el borracho deja caer los objetos que sus manos sostienen, descendiendo, por fin, gradualmente, al más completo embrutecimiento. Entonces el hombre, decapitado intelectualmente, no es más que un bruto turbado por el alcohol; una máquina abyecta que bebe, duerme, y se despierta para beber más aún, hasta el día en que una apoplejía o una parálisis cualquiera la suprime definitivamente de la sociedad.

Carlos LETOURNÉ



El comunismo inglés